

LAS REGATAS EN SAN SEBASTIAN.



(A MI QUERIDO AMIGO Y PAISANO ANTONIO ARZÁC)

Di gloria il viso e la gioconda voce
 Garzon bennato apprendi
 E quanto al femminile ozio sovrasti
 La sudata virtude. Attendi, attendi,
 Magnanimo campion!....

(LEOPARDI.—A un vincitor.)

Fuertemente sujetos á la baranda del puente, azotados por el viento que arranca fieros gritos de angustia al vapor pesquero, unos hombres envueltos en bastos capotones marinos dirigen sus miradas al firmamento.

La luz temblorosa del sol se va extinguendo en un cielo invernial, pálido, frio, moribundo. El ancho mar sobre el cual pasean luego su vista los marinos, aparece tan blanco y melancólico como llanura inmensa de nieve.

Despues de contemplar silenciosos y tristes cielo y mar, los marinos hablan poco y muy bajo, con run-rún misterioso de plegaria. A veces alzan la voz y dicen algunas palabras en bascuence. Son los jurados en la regata de San Sebastian contra Ondarroa. De pronto una palabra dura, pronunciada con desdén anima los semblantes, y á poco echan chispas los ojos, y se mueven nerviosamente las manos, y levantase fuerte rumor de ásperas voces que corea el viento con su lamentoso, su lúgubre cantar. Por fin, la voz ruda de un ondarrés domina á las otras gritando:

—¡A cara ó cruz!

Muestra en las manos varias monedas de plata, escoge la más nueva, adelanta dos pasos, tira contra el suelo la pieza de plata, que bota

y brilla semejante á un relámpago, y magnetiza las miradas y detiene el respirar de todos.

—Cara!—gritan con energía.

Los ojos siguen á la moneda en sus vueltas vertiginosas. Al fin para y reluce clavada en el suelo.

—¡Cara!—dicen con afectado desdén los de Ondarroa.

—¡Cara! ¡cara!—gritan con alegría franca los de San Sebastian.

Entonces aquel que tiró la moneda se asoma á la barandilla, y sirviéndole de tornavoz las manos

—¡Cara! ¡San Sebastian! ¡Eh! ¡Luis!—dice.

Y contempla un momento el grupo hermoso de los bravos marinos reunidos en la popa, sentados unos sobre montones de cuerda, echados otros, chorreando los pantalones amarillos de brega; tiritando de frio los más, sintiendo aún en sus hombros de hierro el peso de la enorme trainera que empujaron á la mar con amor de padre á hijo... Permanecen callados, obscurecidos por el humo negro de pipas que apaga los tonos rojos, sangrientos, de las blusas marinas. Les domina cierta grandiosa tranquilidad de colosos, respiran lucha y victoria, se pinta en sus semblantes una tan brava hermosura, que exclama el hombre asomado en el puente, volviéndose á los otros jurados, señalando al grupo de lobos de mar:

—¡Habrás visto bárbaros!

Aun no acababa de decir estas palabras, cuando apareció en el puente Luis, el patron de San Sebastian. Luis Carril, el vencedor de catorce regatas, venía tranquilo; no se desplegaron sus labios grandes, ahumados, encajados eternamente uno en otro, como persona que habla poco; ni se desarrugó su frente, cruzada de venas duras; ni perdieron sus ojos la mirada inmóvil, fija, llena de fuego, que parecia fundir cuanto tocaba. Pasó la mano por la boina calada harta media frente, se rascó con cierto placer el zarzal salvaje que encuadraba su cara, pegado á la obscura carne como herrumbre, y dijo:

—¿Y qué tenemos?

Contestaron que habíale tocado en suerte elegir sitio para la regata. Sin vacilar eligió el derecho, saludó, y, con las manos atrás y ese ritmo acompasado de los marinos al andar, desapareció en la escalera.

El sol empieza á derramar su claraluz, y el cielo gris, ahumado, se deshace poco á poco, galopando las nubes. Lo ancho del mar aparece sembrado de lanchas, vapores envueltos en humo negro, adorna-

dos con gallardía de banderas de vivo color, que se mueven alegremente en los palos. Mugen torpemente las máquinas; silban las sirenas acuchillando el oído, y á intervalos. sale de todas partes un confuso rumor de voces, gritos; se agitan brazos, aletean mil pañuelos, y un estremecimiento nervioso sacude los corazones, introduce el frío de la muerte en el pecho y saca colores rojos á las caras. De los vapores, en fin, salen cientos de brazos al unísono, como tocados por fuerte corriente eléctrica que los retuerce con furia.... Las aves marinas cruzan el espacio, abanicándose con las alas como espantadas de tanto ruido: Un momento cesa el rumor; el cielo se encapota otra vez, derramando un torrente de tristeza sobre la muchedumbre ansiosa; las nubes se repliegan é hinchan como globos. El silencio es imponente, grandioso, como el de la mar envuelta en blancuras polares, que ciñen las negras siluetas de vapores y lanchas. En breve rompe el sol la capa de hielo; renace la alegría, el estrépito, suenan músicas, y en los tejados y cristales de Lequeitio tiemblan al sol, como gotas de oro, las gotas de lluvia....

Luis Carril contempla desde el puente la grandeza del mar y el bullir de los hombres, y su mirada escrutadora de gaviota se clava como interrogando al cielo.

Y los jurados gritan entonces, agitando los brazos:

—¡A las regatas! ¡á las regatas!



Ya bajan por las escalas desgastadas y escurridizas del barco Carril el patron y los marineros. Las pesadas traineras tocan en las valizas y parecen agitadas como el caballo de carrera que espera ansioso, para arrancar, el sonido de campana. Uno tras otro se hunden en las lanchas los fuertes marinos; se ven obscuras blusas, fajas rojas y amarillas, boinas negras. Los ondarreses desafían el aire crudo, mostrando sus brazos desnudos de carne dura como mazas de hierro. Sobre la lancha esperan la señal con los remos en alto. Parecen los gladiadores bajo el palco de César.... Suenan entonces dos toques de corneta, caen los remos, gruñen y silban los estrobos, arrancan disparadas las traineras y las boyas de salida pavonean sus panzas rojas sobre el agua. Se escucha el ¡ah! ¡ah! ¡ah! de emoción que estalla como una ola colosal y corre por todo el público. Las traineras salen á la

mar llana y cruzan por entre la escuadrilla de vapores, se deslizan como un dardo por el tortuoso callejon de lanchas; la embarcacion donostiarra, ligera, ágil, avanza cortando el agua, como el diamante el cristal; la ondarresa, empujada á duros remazos, arroja en su furor de lucha espumarajos de rabia, y arranca jirones de espuma bulliciosa cuando los remos se retuercen furiosamente.

—*¡Aupa, mutillak, aupa!*—grita Carril en la trainera donostiarra, plantado en el timon, en pie, empuñando el remo: parece una colosal estatua de vencedor olimpico.—San Sebastian vadelante: los marineros dan en los remos con los brazos peludos, cuyas venas de acero van á saltar; respiran humo, se enrojecen sus carrillos, los ojos les saltan de la cara, y en las sacudidas y remazos quisieran tener lospiés clavados en la lancha para dar á los remos más fuerza y más sangre de su cuerpo, que rechina y se estremece, y llevar la lancha en un vuelo ideal, fantástico, sublime. Ya se perdieron en alta mar los rumores y gritos. Allí el silencio solemne que hiela al luchador, silencio interrumpido por el gri-gri del estrobo que cruje, el chocar de huesos, los embates del agua y alguna interjeccion enérgica, á boca llena, del bravo patron, para animarlos.

—*¡Sú! ¡sú! ¡ala! ¡aupa, mutillak!*

Y los remeros gotean y se escurren en las manos callosas, el pelo echa chorros, los piés se duermen junto á la madera. San Sebastian corre, vuela. Ondarroa avanza en un esfuerzo supremo, que gotea de sangre negruzca los toscos asientos. La distancia se acorta, y ya la lancha ondarresa, como fantasma negro, embiste á la otra con bravura. Apenas se respira... es aquel un momento supremo, en que la sangre da vueltas en la cabeza y el frio de hielo llega á los miembros. ¡Bah! Ya dan la vuelta, ya saltan ágiles y rápidas las olas con igual rapidez que el fuerte potro salta una zanja. San Sebastian siempre delante. Levantan los remos blancos en las bandas de la trainera donostiarra, que vuela sobre la superficie como un pájaro con las alas majestuosamente extendidas. En un colosal esfuerzo se hunde la quilla, levántase victoriosa y gallarda la proa, y toca jadeante las valizas de llegada la embarcacion vencedora. Los héroes donostiarras presentan arrogantes los fuertes remos en alto y se embriagan acariciados por un coro triunfal, grandioso, épico, de ¡hurra! y vivas, y palmas, y gritos, que se pierden luego en la triste inmensidad de la mar.

Los ondarreses tambien se portaron bravamente; tambien dieron

su fuerza, su sangre, su hábil empuje á la lancha. Todo fué en vano. La trainera de San Sebastian voló empujadapor la victoria, y tras un esfuerzo vino otro, y en el breve espacio de ochenta minutos corrió sin rendirse diez y siete kilómetros. La de Ondarroa llegó un minuto despues; ¡minuto inmenso en aquella lucha tenaz, en la cual un segundo es la muerte, y un segundo es tambien la victoria!



Acaban de avistar los marinos donostiarras el puerto de San Sebastian, coronado de inquieta muchedumbre. De lo alto del cielo azul el sol derrama sus rayos de oro en las frentes victoriosas de los héroes donostiarras. Al poner el pié en tierra, Carril abraza á su mujer, que, llorosa, devorada por la impaciencia, besa al bravo patron con frenesí de amor, y grupos de mujeres abrazan tambien, besan, estrujan á los otros marinos. Carril, apretado por la muchedumbre que se estrella y cae sobre él como ola gigante, cogido por brazos y piernas, llevado en alto, escoltado por un pueblo entero que le aclama, no se inmuta, ni palidece, ni llora. Cuando llega á su casa, á su pobre casa de pescador, perfumada por el olor á pescado, rudamente adornada con redes y remos que caen en las paredes y suelos, siente el calor del hogar que abandonó para luchar por la honra de un pueblo, y entonces su frente se desarruga y brillan sus ojos con alegría. Asomado al balcon, la muchedumbre se disputa y lucha por verle; le aclama, atronándole con sus gritos. Carril, apoyados los codos en las gastadas maderas del balcon, tranquilo, inmutable, contempla aquel loco bullir de gentes como contemplaba el mar momentos antes de la lucha de gigantes.

Y cuando oye que le aclaman el héroe del dia:

—¿Por tan poca cosa?—contesta admirado.

RODRIGO SORIANO Y ALDAMAR.

